

**ALFREDO LICHTER**

**LO OSCURO MUEVE EL MAR**

**VINCIGUERRA**  
colección metáfora



Lo oscuro mueve el mar

Lichter, Alfredo  
Lo oscuro mueve el mar - 1a ed. - Buenos Aires: Vinciguerra, 2006.  
120 p.; 23x16 cm.

ISBN: 950-843-653-0

1. Poesía argentina - I. Título  
CDD A861

ISBN-13: 978-950-843-653-5

Diseño de tapa: *Departamento de Arte de Editorial Vinciguerra*

© 2006 by EDITORIAL VINCIGUERRA SRL  
Avda. Juan de Garay 3746 (1256) Buenos Aires  
Telefax 4921-1212  
E-mail: [contacto@e-vinciguerra.com.ar](mailto:contacto@e-vinciguerra.com.ar)  
[www.e-vinciguerra.com.ar](http://www.e-vinciguerra.com.ar)

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Impreso en Argentina. Printed in Argentina

---

Prohibida la reproducción total o parcial  
por cualquier medio visual, gráfico o sonoro  
salvo expresa autorización del editor

ALFREDO LICHTER

Lo oscuro mueve el mar

VINCIGUERRA  
*colección metáfora*



## **PRÓLOGO**

Al leerlo, se tiene la impresión de que logra hacerse oír. Se diría que mediante su palabra escrita, Alfredo Lichter busca, ante todo, a un oyente. Y ello equivale a proponer que el poeta anhela, a cambio de lo que brinda, mucho más que atención.

Al expresarse, Alfredo Lichter oferta la cercanía imprescindible que requiere siempre la auténtica interlocución. Esa intimidad que no es regodeo en el confesionalismo sino aptitud para compartir los riesgos que connota todo lo que nos acosa con su imponderabilidad e impide que nos refugiemos en la trivialidad o en el prejuicio.

Estamos, pues, ante un libro exigente. Su aprehensión demanda una entrega franca a las sinuosidades de un lenguaje que no brinda amparo en el saber consensuado, sino que busca abismar el entendimiento en ese escenario donde lo indiscernible y lo familiar desdibujan sus fronteras y se enhebran potenciándose y debilitándose a la vez.

En otros términos: los poemas de Alfredo Lichter proponen el inquietante paisaje de un entendimiento que aprehende siempre insuficientemente lo que busca y, no obstante, quisiera dar testimonio de lo que pudiera haber de significativo o de revelador en esa insuficiencia.

El mar del que Alfredo Lichter nos habla es, por ello, un territorio tan discernible como incierto. Lo oscuro, esa

oscura energía que mueve el mar, gana en las piezas que componen su libro un protagonismo lírico indiscutible. Ellas exploran sin pausa el enigma propuesto por una extensión y una hondura tan cercanas como inalcanzables.

Cercanas, en la medida en que en estos poemas se dan cita las ofrendas que los ojos logran cosechar gracias a la convivencia con el mar, con su evidencia cotidiana; evidencia que Alfredo Lichter celebra y retrata con la emoción de un auténtico habitante de todo lo que nombra.

Inalcanzables, porque el enunciado lírico aspira ante todo a dar forma a una subjetividad que no llega a situarse con naturalidad ante su propia presencia, siempre arrebatada por la perplejidad de ser y potenciada como enigma mediante el contacto logrado con el mar.

De hecho, un hombre nos dice aquí algo decisivo sobre la emoción que lo embarga al explorar su inasible identidad a la luz de ese inquietante espejo que guardan las aguas en su profundidad. Su eficacia expresiva y la intensidad de su tono traducen con acierto las tensiones y las vacilaciones de una conciencia que no pareciera atinar a hacer otra cosa que a seguir el curso de su propia errancia.

*Lo oscuro mueve el mar* sitúa a Alfredo Lichter entre las voces vivas de la poesía argentina. Una intensa sensibilidad laboriosamente interrogada hace de las páginas de este libro una propuesta tan cautivante como insólita. Tan conmovedora como lúcida.

*Santiago Kovadloff*

Lo oscuro mueve el mar



*I give her my heart but she wanted my soul*

Bob Dylan



I

*Enorme es la noche*

*Y tú sueño, dame tu diamante implacable  
tu tiempo de deshora.*

César Vallejo



## *Uno y la música de Jarret*

Aquí las diez de la noche tienen  
luz de velador,  
es el comienzo de un par de horas para deambular  
por lo imprescindible,  
entregados cada uno a la lectura  
escuchás Keith Jarret con auriculares  
y me pregunto cómo soy para tu imaginación.

Casi fuera de mí divago tranquilo,  
convencido de que nos iguala cada lágrima  
y que como astrónomos de azotea,  
disfrutamos por igual el eclipse  
de la luna.

Que todo aquello dicho en voz alta  
probablemente sea falso,  
preocupados en esconder de los demás  
nuestras áreas intactas.

Recorro mentalmente gentes y lugares  
y sos en un instante  
el deseo a veces disimulado.

Puedo reconocerte de memoria en cualquier multitud,  
desnuda en un vestido usado por muchas mujeres,  
y vuelvo a preguntarme,  
cómo no acariciar tu cansancio con éstas manos  
que tocaron el mar por primera vez.

Nosotros adscriptos a lo humano,  
fatigados de las semejanzas indeseables,  
diferentes y próximos,  
que comenzaron a contarse la vida cuando  
cada uno,  
supo dormir en la cama del otro.

Ay,  
cuánto desenlace guardan por un rato las huellas  
de una mujer y un hombre,

y yo que vuelvo a mirar por la ventana,  
a zozobrar en la esfera fabulosa de una noche oscura,  
subterránea.

Sé pensarte mejor de noche que de día.

## *Dos en el interior*

Pálida amiga tantas veces querida,  
como nadie descendías hasta la oscuridad  
que necesitan los crímenes.

Así interpretabas manchas de vino en el mantel,  
historias de lo imposible seguidas  
por diálogos frágiles,  
alejados de un farol encendido  
al interior de la noche.

Allí circulaban las huidas que el sexo proponía  
junto a incertidumbre, marfil, karma.

Prodigiosa,  
la memoria daba pasos  
en la llanura fantasmal,  
simples actos de magia frente a una lámpara  
cubierta por pañuelos de seda,  
que arrojaban ausencia hacia los ojos  
de una serpiente  
y a los de su encantadora.

Vos,  
yo,  
en una habitación envoltura o balsa,  
flotando frente a la orilla de semejantes asombros.

Cada desenlace, la baraja equivocada.  
Una sonrisa lejana... auxilio,  
o dar por circunstancia la mano, no me sueltes.

Simulacros,  
monedas falsas,  
juegos cerca de ventanas creadas  
por una mente habitada con medusas perturbadoras  
y los murmullos bajitos,  
desdichados,  
de Coltrane.

## *Tres y la distancia de una vela*

No es extraño que entre los prisioneros  
surjan desfiladeros,  
nostalgia,  
y, porqué no, antídotos contra  
la distancia y su veneno.

¿Qué dijiste sobre aquella vela?

Sobre la cama iluminada  
la luz conoce  
el movimiento circular de nuestras mentes,  
una distancia mínima en desorden,  
    la audacia de rozar las costillas,  
        y entrar en la piel de los brazos  
junto al hambre de mirar.

Dos extraviados fijos los ojos en la humedad  
del techo,

adormecidos por la vida del invierno  
y los escalofríos detenidos en la sombra del otro.

Obligación indelegable  
para la punta de los dedos.

Digo,  
alma de luciérnaga,  
este sitio respira como un antiguo museo  
de ciencias naturales,

cada día.

## *Cuatro y la última hora*

Diciembre hundido, sillas infatigables,  
humo en los bolsillos  
y moscas en el aire.

Estremecidas también tus horas,  
en una noche  
que astilla la garganta;  
intentos de abandonar paredes interminables  
para volver a hurgar juntos  
palabras como nervaduras escarlatas.

Tarde nos llega la última hora  
y la necesidad de morderse los labios,  
con ojos enrojecidos de tanta aridez  
y la hamaca de madera y resortes que cruje.

Gotas entreabiertas  
caen en un pliegue de la piel,  
alguna intersección.



No te apures,  
nadie llega,  
desmesuradas son hoy las horas.

*Canta como si no pasara nada*

*Nada pasa*

Alejandra Pizarnik<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> "Pido el silencio", *Los trabajos y las noches*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1965.

## *Seis eléctrico*

De repente,  
encendida,  
la conciencia, en el centro del cuarto,  
sabe que la luna colonizó los árboles,  
que tal vez el grito lastimado de un zorro  
sea un pulso,  
un ave nocturna.

De muy arriba llega la penumbra  
cubierta por un techo que atesora del clima  
sus historias.

De vida en vida,  
aprendí que el insomnio amuralla  
las acciones prohibidas  
junto a la desdicha conocida por la almohada,  
provocadora y necesitada  
de pensamientos demoníacos.

En medio del vacío cifrado del reloj,  
las formas de la madrugada conocen la ausencia  
que provocan las imprecisiones del día

y por detrás el cerebro aún cansado,  
que insiste en eso de alumbrarse  
con destellos eléctricos.

Pensar a las 4 AM, es un ejercicio solitario.

## *Siete mariposas nocturnas*

Un sistema y planeta  
donde mariposas nocturnas repiten  
su atracción.

Fantasmas,  
los coleópteros nómades  
se estrellan con velocidad de cometa en la mirada,  
fulgores lejanos... de repente invisibles.

Cierro los ojos,  
esos relámpagos ocupan otro territorio vacío.

Un ahorcado cuelga del techo.

## *Ocho las llamas*

En algún lugar habrá fragmentos del cielo,

manos frías,

el sentido vertical de las llamas y luciérnagas  
entre el humo,

libres del encierro nocturno.

Las preguntas son ojos

en la abstracción de la oscuridad,

promesas surgidas desde la espina dorsal  
de un resplandor.

Una fogata,

murmullos y de repente

túneles de silencio.

## *Otras nueve llamas*

La llama de un fósforo estira el vacío  
que un cuerpo deja;

alumbrado el frío de los anhelos,  
la arquitectura inasible de las confesiones.

La mirada glacial traspasa  
la espesura del humo,

esa antigua sabiduría  
de ausentarse frente a una hoguera.

## *Diez del aire*

Aquello que de invisible tiene el cielo  
pasa por los pulmones  
y crece.

El deseo de huir por la puerta de atrás  
a nadar en la ambigüedad  
de la noche,

recorriendo naufragios  
entre los duros paréntesis de la memoria,  
inquieto frente a tantos márgenes  
aún sin cruzar.

## *Once humeante*

Siempre hay diarios viejos quemándose  
en el brasero,  
titulares marchitos,  
llamas de horóscopos humeantes.

Sobre la tierra inmediata y ante las ventanas,  
no mucho más que súbitas miradas,  
repetidos pasos frente al océano persistente.  
Pobre propiedad de un día  
que dialoga con la sombra de los cuadros  
de Hopper.

Extraños fragmentos de cielo filtran agujas  
por la luz del ojo de la cerradura,  
y el viento persiste en traficar con aves de la noche.

Por el pararrayos baja un misterio de universo.  
Hay estalactitas de rocío  
y un presentimiento de que el clima cambiará.

Tenés razón,  
dar respuestas comunes a las lágrimas  
es ahogar lo grande en lo pequeño.

(Maravillosos intervalos son las nubes.)

## *Doce con escalofríos y Rimbaud*

Izo versos como escalofríos  
en un sótano,  
porque si es extensa la noche sobre el libro ajado,  
en la mirada sólo queda una ceniza fría.

Con voz monótona digo que descanses  
y en la periferia de lo incierto  
ahogo las duras prescripciones del médico,  
las noticias de la atmósfera,  
y vuelvo otra vez a Rimbaud,  
sabiendo que de los pájaros será el próximo día,  
junto a dos o tres sobresaltos de los sentidos.

Detrás de inaudibles respiraciones,  
busco signos de tu pequeña guerra  
junto a nuevos intentos de leerle el pensamiento  
a la inmensidad.

Falta por aquí una mínima luz que tranquilice,  
porque implacable  
es la memoria en la deshora.

## *Trece para Moon River*

Bajo una luz de pasillo,  
los inventarios de llanura son andamios invisibles.  
Distancias inalcanzables  
para un tránsito por estrechos pasadizos  
de la infancia.

La memoria pulverizada en los bolsillos,  
conviviendo el sonido articulado del molino  
y la música de *Moon River* en la medianoche.

Aquél molino...

Maquinaria astronómica sobre un territorio imprescindible,  
como ecos multiplicaba fronteras  
y pájaros,  
hoy de regreso  
junto a tanto nuevo pensamiento nocturno  
de murciélago.

Olvidado de que llueve la noche sobre el aeropuerto  
observo sin prisa el reverso de las cosas,  
soy trashumante de un mundo incierto,  
Buenos Aires,  
que reclama para si un talismán  
de la ausencia.

## *Catorce heridas de relámpago*

Me demoro en una playa de larguísima sombra  
frente al vacío del mar.

Tengo pensamientos que muy pronto recuperarán  
cuestiones inasibles

ante cada salida del sol.

Porque de varios relámpagos y alambres de lluvia  
herida está el alma,

ausente al roce del viento,

es un poncho de la cordillera sobre las costillas,

útil cuando en la tormenta

vacilan los rumores de la tierra.

Se mueve el océano y alrededor

evasivo es el desorden de la oscuridad.

A punto de soñar lo que despierto ignoro,  
por la respiración te sé despierta.

Mirá,  
al llorar la noche sobre nosotros,  
húmedo se ha vuelto el cielo  
de mutuas soledades.



ni catálogo de humedades,  
sólo consumidos archipiélagos  
de piedras pequeñas.

A instantes de la salida del sol,  
el paisaje de la madrugada está vacío.  
Allí,  
en la soledad de ninguna parte,  
despierta una vejez de sobreviviente para amarrar  
con sogas  
tantos naufragios en la realidad.

Si pudiera encontrar consuelo al mirar lejos.

Imbéciles,  
en la península deshecha está la profundidad  
por postes y por cables,  
guillotinas perfectas para inocentes pájaros.

## *Dieciséis las heridas*

La desolación de siempre en calles sin movimiento.

Sé aquello de enredarse entre desventuras  
y regresar a lo oscuro,  
a los brazos de luciérnagas  
que las constelaciones forman.

Muy cerca,  
una cortina,  
y tras ella sombras perpetuas,  
secretos prisioneros y siluetas íntimas,  
historias que siempre serán ajenas.

Un deshecho de hojas es la noche  
donde nadie será feliz.

Sin encontrar explicación  
regreso por el rastro incrustado  
de una calle.

Heridas de naturaleza nocturna.

## *Ansiedad y diecisiete nocturno*

A solas,  
los escalofríos del anochecer agitan  
un reducido mundo.

Con la ansiedad de un inventor,  
regreso al universo del roce mínimo,  
a un puente de miradas errantes,  
todas heridas de invierno  
y estos poemas fríos cual hojas de diarios  
sobre un muerto en la calle.

Digo que algo asombroso cruza la habitación  
donde, por igual,  
miserias y fantasmas se entibian  
con el movimiento impreciso de las brasas.

## *Dieciocho para pequeñas ilusiones*

En un archipiélago de mesas,  
frente a un café sin azúcar  
(promesa de buenos minutos),  
tu bretel desnudo es un instante lejanísimo.

Tiene algo de cuerda de trapecio para tocar  
con el dedo índice,  
y seguir por la orilla horizonte,  
ocultando un jardín que puedo imaginar;  
brújula y camino de regreso,  
no la diaria imposición de íconos.

Aún para un desconocido  
es posible subir por esa enredadera  
de pequeñas ilusiones,  
descender con un puñado de luces  
y humedad de fuente.

Empieza a llover y la ventana  
se vuelve inexplicable.

## *Diecinueve y un tatuaje*

A tuestas en el poema

describo el fulgor que recuerda  
un tatuaje en el vientre de ella,  
algo del encanto de sus códigos indescifrables.

A lo mejor,

un signo sí era la niebla de la habitación compartida,  
porque larga era la trasnoche  
sobre las ruinas extensas.

Sin horario fijo,

con el hambre de toda una noche,  
vuelven a sus sonrisas disimulando  
que ruegan al hacer el amor,

parados frente a frente

a orillas de un charco de agua  
y muy por debajo,  
la turbia superficie de una herida común.

Ellos cruzan ahora la calle,  
desconocidos, precarios,  
pero te das cuenta que se nos parecen mucho.

De pulsos sorprendidos y voces danzantes  
viven las sombras en la ciudad.

## II

*Lugar abierto*



*Un abandono en suspenso.  
Nadie es visible sobre la tierra.  
Sólo la música de la sangre  
asegura residencia  
en un lugar tan abierto.*

Alejandra Pizarnik



## *Los caminos*

Cuerpo pavimentado con láminas de arcilla,  
lo veo iluminarse detrás de sombras  
que mi mano proyecta.

Allí está, tal cual es,  
un corredor con huellas anónimas  
y regresos inexplicables.

Brinda límites a la geometría de los alambrados  
y, sin la nocturna angustia de las aves en sus nidos,  
entreabre un pasadizo a la intemperie.

Sabe desaparecer a veces en la infancia,  
otras en las cornisas  
de erosionadas rutas provinciales.

Un atajo para la ansiedad de ausentarse  
al menos por una hora.

## *Librerías pequeñas*

Mientras camino  
las luces fragmentan recuerdos de una ciudad  
y la helada piel exterior  
de sus piedras centenarias.

Formas dormidas de un amor entre las sombras  
de otros,  
juegos de balcón en equilibrio  
sobre una librería pequeña,  
la transparencia golpeada por la lluvia.

Cuando la estepa desprende escamas  
en el alma,  
nada parece suficiente y los recuerdos,  
navajazos que dibujan tatuajes en el pecho.

Si acaso un tren pasara por aquí  
me subiría en movimiento;  
intentos de quien deambula sumando distancias  
a la insistente fuga de si mismo.

## *1500 gotas*

La cruz forma una sombra,  
un ritual del clima,  
sacrificio tras sacrificio durante  
días y días.

Sobre baldosas descoloridas,  
lagartijas amarillas y verdes;  
un signo más para los ojos que,  
de a ratos,  
ni siquiera soportan el espejismo  
de los alambrados distantes.

Es el tiempo del polvo  
que asfixia una botella vacía:  
murió el último de los Beatles.

Frente al almanaque del año último  
quedé durante horas,  
detenido bajo el cielo rajado de la claraboya.

Al fin,  
por allí bajó una tormenta que espantó  
el calor viejo del aire,  
hubo charquitos en las huellas del camino  
y caballos empapados bajo la lluvia,  
                  inmóviles,  
con la resignación de mil  
quinientas gotas  
resbalando por los ojos  
                  de su armadura animal.

## *Inventario*

El viento traza dudas en la costa  
y no otorgan tregua los molinos del mar.

El amanecer del desierto promete  
que todo será al fin definible,  
salvo la luna,  
desnuda hasta el siguiente crepúsculo.

Se completa así la soledad  
de la intemperie,  
madrugada, acantilado,  
cuando transparente por la lluvia de toda  
la noche,  
puede verse uno entre los huesos.



y de verdad no dejo de mirarte los ojos,  
con pestañas de seda hieren bárbaros apuntando  
a mi cabeza  
y enseñan lo perdido en esta vida  
desde rincones donde se es invisible.

Fantásticos prostituidos,  
analfabetos transparentes,  
carcomidos de tanto y tanto jeroglífico  
en la vida cotidiana;  
que sabemos encontrarnos aunque, a veces,  
desaparecer signifique  
no distinguirse uno del otro.

Decime algo ya  
antes de volver a atraparte en la fisura  
donde la letanía de la estepa reaparece.

Da comienzo luego otro rato de mirar  
hacia abajo,  
asomados al puente de un río imaginario  
que humedece  
el piso,

o frente a las cicatrices,  
rieles para un tren de hormigas lento,  
microscópico.

Entorno,  
detalle y mundos propios,  
acechados a su vez por pequeños firmamentos,

los nuestros.

Pero ahora,  
de cerca seguís  
en estos jardines de arpillera,  
sonámbula,  
vos que de niña fuiste adulta  
y por fin descubriste qué significa serlo.  
Claro que nada termina al dejar el galpón,  
aunque sólo yo salga a la espesura entreabierto  
de otros pensamientos;

perros perdidos  
que me siguen de cerca.

## *Mástiles*

Acorralado está el desierto como el horizonte  
y un caminante pasea su deber de sobreviviente.

Hay avalanchas de mástiles fríos,  
cemento y naufragios  
en la tempestad del paisaje que,  
inquieto por la belleza desnuda de un camino,  
proyecta sobre él  
la sombra del espacio.

## *Sueños en Gobi*

*A Santiago Kovadloff*

En la intemperie vaga errante  
el viento,  
mundo desprendido,  
fuera de lugar.

Ausentes van los habitantes,  
labios de los que nada puede salir.

Conozco lo que está al alcance de la mano,  
la investidura de la tierra,  
el silencio vertical,  
un paisaje con sábanas desbocadas  
que secan lágrimas en finísimas sogas.

Entre ellas, pedacitos de cielo  
y debajo la estepa  
que crece en territorios  
siempre ajenos a las coartadas

que propone el corazón;  
pequeños desiertos transparentes  
como soñé alguna vez  
se extendían en Gobi.

Otra forma sería decir  
que no hay tregua para el enigma del verano,  
extraviado su entrecielo entre blusas y vestidos,  
desfigurados por líneas de viento,  
sombras móviles perdiéndose en la calma  
árida del llano.

Dentro de la casa,  
lo monótono.  
La jarra de agua sobre el mármol,  
y una luz que recorta en los libros heridas  
instantáneas.

Junto a ellos,  
reniego siesta a siesta con comas y mayúsculas,  
mal alumno de filosofía  
y las verdades objetivas,  
un perseguidor de penas y asuntos privados.

Libros heredados,  
siempre quietos;

tal vez regale uno, quizás dos.

## *Diez nubes*

Frente a la ciudad de la estepa,  
se alzan en vuelo bandadas crepusculares  
y dibujan cicatrices en el cielo;

luces que llegan con las nubes y rozan el basural.

Es apenas una tormenta pero con ella  
    envejecen aún más quienes pisan nidos de lata  
    para golondrinas,  
niños huérfanos que enturbian reflejos  
en el agua de llovizna,  
tan cansados de los fragmentos  
    y de la intemperie salvaje.

Al andar, soplan  
las respiraciones una neblina  
    de durísima desesperanza.



camino entre sombras mínimas,  
multiplicados laberintos para víboras y cienpieces.

La playa,  
un precipicio horizontal que acecha  
el corazón.

## *Imperio húmedo*

Aquí las lluvias no golpean  
el campo,  
merodean suaves  
y cuando descienden escalón por escalón,  
enlazan con humo de bruma fragmentos de infinito.

Sobre las plumas de los pájaros,  
la inasible araña de las primeras gotas.

(Una nube de insectos cruza el silencio  
que desnuda un arroyo de hojas húmedas).

La tormenta cubre el pensamiento  
y de pronto,  
la maleza de la lluvia transita hacia  
los muertos.

III

*La nadadora*



*Todo es ninguna parte*

Octavio Paz



La austeridad predica con mensajes  
que salpican el desierto  
y en el fondo intermitente de una botella  
deja la cárcel el amanecer.

Náufragos de una misma sombra,  
en la punta de los dedos aparece el sol  
y por un vidrio roto del aire,  
se escapan las aguas que le darán un mapa  
al mar.

Hemisferio de orillas lejanas,  
inquietud por tantos vientos enjaulados,

tus noches moribundas  
abandonan humaredas sobre la pleamar  
del sur.

Hileras de estrellas mojan sus reflejos frente a un  
monumento de altamar:

¡Madrugada ascendente,  
mar Patagonia!

Lejos,  
nuevos astros pulen una y otra vez  
la superficie terrestre.

Lo oscuro mueve el mar.

Una conversación de trampas y relámpagos,  
una maquinaria de invierno que deja estelas  
en las galerías de lo improbable  
mientras nosotros seguimos de pie  
en el reverso de ese mundo.

Demasiado espacio crece allí enfrente.

Hay noches en las grietas  
e inundada está la espalda del mar.

Al ignorar el agua,  
asoma otro mundo  
y como en Córdoba, la mezquita,  
incontables columnas soportan pesos  
de archipiélago,  
paredes de algas.

Huidizos tatuajes cruzan la superficie.

Los peces habitan en perpetua sepultura,  
y una avalancha es la irrespirable  
profundidad.

Sobre ella,  
el cielo sostiene aves marinas que tiemblan  
y un horizonte.

A esta hora del día,  
una espuma incontenible abraza los tobillos  
como una enredadera.  
Al dejar los zapatos sobre la playa,  
desmoronada está la orografía de la identidad,

abierta de repente la espesura  
de precarias posesiones  
y por esa fisura,  
    a cicatrizar heridas invisibles,  
se escurre un nuevo mar.

Un solo movimiento y la mujer  
rodea muros marinos,  
posesiones inmediatas.

En la fuga  
no distingue lágrimas de agua,  
y ver un metro o cien de la distancia  
abre para sí  
un espacio de nuevas significaciones.

Sus dedos,  
un filo que corta piezas iluminadas de mar.

Al nadar

desgarra un espejo que cubre seres inmensos,  
imposibles ramales de tentáculos.

En la vitrina de la orilla, vive  
una gran confusión.

Junto a mí,  
olas y olas desconocen  
la soledad de una geografía de cangrejos.

Desde tierra firme  
el mar que vemos no envejece,  
aunque casi siempre,  
cuente pesares en el puerto.

Sobre piedras secas por el calor,  
desparramado está aquello que sobró tras horas  
sin decir una palabra,  
y en seguida,  
llega el regreso entre seres anónimos,  
hipnotizados por el halo del sol.

Nuestra habitación es un acuario  
de secreta profundidad.

Cuantas telarañas cubren las aguas muertas  
de alguna pesadilla,

tantos instantes tejidos bajo las limpias fases  
de la luna  
y en el alba,  
sus reflejos de linterna.

Allí,  
dos almas extenuadas esperan el día  
ascendiendo por el cauce que les ofrece  
la ciudad donde duermen los pescadores.

Cuerpo enigma,  
quiero verte tocar un enjambre de gotas,  
mientras las palabras entreabren estelas  
en el viento.

Tus huellas recorren los solitarios pasillos del agua.

¡La ansiedad inmóvil del aire!  
Con ella regresamos por puentes colgantes.

(Extraña es la amistad de quienes se leen el  
pensamiento.)

Amarrado entre escombros de mar  
el horizonte se arrodilla oscuro una vez más.

Noche, tinta china  
derramada en el cuaderno del día,  
allí escribimos tantos diálogos presentes  
en los sueños no declarados.

Sí, dañan las nubes;  
esqueletos que cuelgan del firmamento.

Como cada noche, habrá diez cuadras  
que nada significan,  
resignados a volver cuando es demasiado tarde,  
respirando profundo aquello que pueda devolvernos  
la mitad de nosotros mismos.

Hartos de la buena voluntad y el mal pronóstico,  
lejos de lo profundo del océano,  
deseando no abandonar a la luna del atardecer  
para salir por la ciudad innecesaria.

El destino y otra vez las manos húmedas,  
un trapo de limpiar,  
los clientes, las mesas  
y el mar invisible de cada noche,  
con algo de irse y no volver.

Bien de madrugada, la puerta abierta  
hacia la rambla y nadie salvo yo  
en la calle,

raspando distraído  
algún recuerdo solitario.

¿Sabés?

Después de verte por horas  
reflejar la luz de ese bar,  
qué miserables pueden parecer  
las estrellas.

Treinta segundos separan los fulgores  
del faro en la bahía,  
segmentos de oscuridad.  
Verlos llegar cada vez  
ilumina el aire de los pensamientos,  
esos que golpean  
puertas en la noche.

¿Viste cruzar en el destello algo así  
como un pájaro ensangrentado?

Quizás fueran sombras heridas,  
al fin siempre en ellas  
es posible hundirse  
hasta el cuello  
y extender sobre la ropa  
humedades,  
pantanos,  
manchas de silencio sobre  
los intervalos nocturnos.

De mañana  
se aleja el tránsito modesto de algunas aves,  
ahora desaparecen bajo el aguacero del mar  
¡Y tanto cielo allá,  
tan permanente!

Imagino, dijiste alguna vez,  
fragmentos de inmensidad,  
precipicios hilvanados  
por un silencio de plumas negras.

Aguarda el mar ahora,  
para marcar con púas de erizo  
tus brazos,  
mientras la nostalgia de las olas  
abandona a plena playa  
señales del monasterio,  
la profundidad.

Nunca la Punta tan perdida  
y por un sesgo del abismo,  
cruzás la geometría deslumbrada:  
¡Qué pena -pensás- lo de la joven ahogada!  
o  
¿Hay en el resplandor algo de real?

Vos,  
anónima en el diluvio repentino de una ola,  
que siempre lleva empapado su dibujo original,

pocas líneas componen la cara  
y las manos  
que alguna vez rozaron el fondo.

Cuando nadás suben y bajan los astros,  
vislumbres al entrar bajo una piel  
bordada por filamentos luminosos.

¡Cuántos manantiales de arena!

¡Cuántas cabelleras brillando en la  
nueva oscuridad!

A deslizarte vas por la altura encendida  
del libro de las noches.

Se reconocen con la mirada breves ríos de peces,  
también otros rastros  
en los campos de batalla del mar.

¿Qué ven los ojos mirando hacia la superficie?

Una estéril sucesión de olas y sus murallas,  
predecibles mareas de viento  
bajo la inofensiva jornada de las nubes.

Porque lo habitual no conoce temblores,  
busquemos el océano del primer crepúsculo,  
la tempestad marina que dejó en el planeta  
una huella eterna.

¡Mar vivo!

Aún se sobrevive bajo un cielo donde son tijeras  
los albatros,  
ángeles enmascarados,  
  
ellos rozan vacíos inalcanzables.

Nadar es un retiro espiritual,  
un recorrido rítmico en el suave desorden  
del inconsciente.

Mar abajo,  
exagera el abismo  
e inunda con caudal de invierno  
los pasajes grises de la mente.

Así se apagan las olas del día  
hasta bendecir tu cuerpo  
con tantos planos de luz.

Mirar acaso dentro del ojo de una ballena  
extiende el antiguo orden del mundo.

A media agua vibra el magnetismo  
de lo profundo,  
umbral donde el alma es un relámpago individual  
frente a tan amplio desierto.

Un vacío se esfuma de las manos  
al dejar la ciudadela marina.

El trasluz roza múltiples pájaros  
aferrados al sol.

Mirarlo,  
lastima los ojos.

Azar,  
tal vez un acertijo dicho por el viento con voz  
de multitud,  
extingue el jardín dilatado del día  
y una noche de algas transparentes  
dispone de mordazas alrededor.

Verde submarino,  
lava purificada,  
la última corriente visible salpica estalactitas  
en el frío.  
y un mar de fondo entreabre una tiniebla vertical.

Desde la profundidad surgen polvaredas  
de escamas,  
mientras el humo estelar traga para si  
los horizontes finales del día.



gotas resbalando entre la superficie  
de dos piedras sumergidas.

Desde lo alto te llama el gesto  
de mis manos:

¿No ves acaso las lejanas luces de la noche,  
sus pétalos brillando sobre el filo de un cuchillo?

De pie en el rincón de las arañas,  
simulo seguridad frente a tu mirada.

(Esperá,  
olvidá el frío;  
la luna cruza la ventana).

Y si el paisaje no logra inspirar,  
exploro ahora tu cara con gesto indiferente

y luego otra vez el amor,  
que enciende superficies en el mar,  
y más cerca yo  
que vuelvo a lastimarte la espalda con los dientes,  
a desgarrar el silencio  
leyendo nueva poesía japonesa.

Así como así,  
arriesgo que aquí entretejimos una historia

sin mirarla,  
protegidos con los abrigos del deseo,  
demorado en la puerta  
todo aquello que no supo estremecer.

(El sur guía ballenas de a dos,  
de a tres a veces.)

En breve,  
continúa la persecución que indican los manuales  
del instinto,  
el roce y los favores que sugieren las heridas  
o interpretando las significaciones de la dicha.

Si cerramos los ojos es noche sobre noche  
y hogueras en las cortinas los rayos.

Tan fuerte es el placer  
de devorar ese cuello de Nefertiti,  
que ni siquiera la claridad espontánea interrumpe.

Y otra vez la lluvia.

Pesadas gotas cumplen la condena de caer  
una y otra vez  
por el precipicio del mundo.

El agua del mar y la lluvia arrastran sonidos  
en una superficie de ventanas cerradas.

Un laberinto de infinitas gotas pequeñas,  
frías como el corazón de los peces,  
que acumula en nosotros paréntesis,

miedos incurables.

Brilla el mar bajo lejanos relámpagos,  
cansado de tantos años,  
tantas profecías.

Las olas en estampida,  
y la nadadora, atrás de la rompiente,  
trepa cada centímetro de cielo.

Sobre los hombros,  
pesa la oscuridad,  
y por ello algo que está en camino  
la devorará.

Como que al tocar las plumas empapadas  
de sus brazos,  
el agua de repente enmudece.

Pero yo sigo atento a tantos detalles distantes;

no esperes más de quien recorre con insistencia  
museos abandonados,  
nada más de aquél que ahoga rostros  
en los pozos del entresueño.

Entre el silencio de dos ráfagas  
me dijiste que la piel del horizonte  
se desprendía de a poco,

que un salto ceremonial de cetáceo  
y luego otro, semejaban  
                  temblores interminables,  
      y la vista que perseguía velas negras  
                  de hule.

Atrás,  
solo hilachas quedaban de una felicidad  
de tierra firme,  
libre de esa timidez que deja tu rostro  
sin color.

Vos, Eurídice  
en un mundo con sonidos de arpa,  
                  escaleras para ascender  
      y un barranco.

Al practicar acrobacias de trasnoche,  
fosforescentes ilustraciones brillan en la piel  
de tu espalda.

La delgadez del agua es un vestido  
sobre el cuerpo desnudo,  
una cortina de baño con peces y estrellas moradas,  
fantasmas móviles imaginados por Calder.

Sin las ataduras de la tierra,  
bajo la inmensa sombra de un árbol sumergido,  
la memoria cruza aduanas en la profundidad  
y es una flecha la mirada oscura.

Acuarios de tiempo y vacío entre aires  
de laberinto.

Pálidos resplandores imprimen manifiestos  
en la conciencia,  
y con la embriaguez del olvido ruedan  
otras tantas identidades terrenales.

Mar afuera te abrazan los fondos más abiertos.

A veces mar adentro.

Ondula la bajamar en la intemperie marina  
y pienso en la ausencia de un cuerpo  
que hace minutos no respira.

¡Volvé desde lo invisible a la cima del abismo!

Que cada brazada encadene  
grietas de cielo terrenal.

Por aquí,  
sin dejar rastros,  
pasan en abanico ansiedades de crepúsculo.

*¿Quién es el mar?*

Los ojos,  
en un descenso sin camino,  
descubren que nada nos pertenece  
porque hoy el mar, aunque pueda abrazar,  
está vacío.

Abajo la oscuridad,  
islas como espectros,  
bahías de aliento,  
misterio, orfandad,  
y silencioso un signo  
que posa su sombra.

*¿Quién soy?\**

Un río es la noche al navegar por las venas  
y nosotros parte de un exilio  
llamado mar.

*¿Quién es el mar, quién soy?\**

---

\* Jorge Luis Borges, "El mar", *El otro el mismo*. Emecé, Buenos Aires, 1965.

La mirada queda inconclusa  
cuando la niebla envuelve los alrededores.

Agazapado,  
sombrio,  
el océano se presiente en un testimonio único,

la mano de una medusa.

No tiene centro el océano,  
y en esa esfera ausente se entrecruza el adiós.

Con la angustia habitual que ofrecen los ecos,  
tu boca pide ayuda,

pero nadar las formas de lo oscuro  
es visitar una jaula de hierro.

Sola,

inalcanzable,

bajo un negro caparazón de tortuga.

Cuando zozobran los barcos  
nada se escucha,  
por ello,  
serás un imperceptible sobresalto en la corteza marina,  
un pañuelo de gotas atrapado por dedos  
como anzuelos,  
escarbando momentos de la superficie  
para luego caer  
en los huecos del agua.

Como piedras,  
muy abajo,  
tus ojos apresuran el olvido.

¿Estarás cuando llegue el recuerdo?

¿Seguirá la marejada su trabajo de hielo entre  
las almas?

En la fúnebre profundidad marina,  
se vive cerca de lo fugaz.

Al beber los presagios del vacío,  
cortados los rincones de la luz,  
el espacio marítimo sumó  
dos nuevas  
soledades.

Todo fue grabado en la máscara  
de una piedra.

El oleaje,  
infinito deber del mar,  
golpea  
el cadáver de la madrugada,

el recuerdo, una desesperada costumbre,  
ya vaga con su cara de mujer  
oculta detrás de tantas otras.

Alrededor  
la incertidumbre.

Nada es urgente.

Soy aquél que se cubre con una  
manta de silencio inalcanzable.

Así fue.

El mar  
y su hondura en un cajón,  
inundado lo que allí quedaba:

el territorio visitado de una foto,  
alguna preocupación,  
un lápiz.

Sin apuro llegan los minutos  
a visitar tantas aguas inevitables,

Voy.

Que me asombren entonces sus desajustes.

*Madryn, Noviembre 2005*

# ÍNDICE



Prólogo / 7

I - Enorme es la noche

*Uno y la música de Jarret /15*

*Dos en el interior /18*

*Tres y la distancia de una vela /20*

*Cuatro y la última hora /22*

*Cinco suavísimo /23*

*Seis eléctrico /25*

*Siete mariposas nocturnas /27*

*Ocho las llamas /28*

*Otras nueve llamas /29*

*Diez del aire /30*

*Once humeante /31*

*Doce con escalofríos y Rimbaud /33*

*Trece para Moon River /34*

*Catorce heridas de relámpago /36*

*Quince y un libro oscuro /38*

*Dieciséis las heridas /40*

*Ansiedad y diecisiete nocturno /41*

*Dieciocho para pequeñas ilusiones /42*

*Diecinueve y un tatuaje /43*

## II - Lugar abierto

- Los caminos /49*
- Librerías pequeñas /50*
- 1500 gotas /51*
- Inventario /53*
- Otro galpón /54*
- Mástiles /57*
- Sueños en Gobi /58*
- Diez nubes /61*
- Precipicio horizontal /62*
- Imperio húmedo /64*

## III - La nadadora

69 - 114

La presente edición consta de un mil ejemplares.  
Se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2006 en  
*Edili*, Castro 1860, Buenos Aires, Argentina.